

NORMAS Y FINALIDADES PARA TRADUCIR UN TEXTO LITERARIO

GRACIELA MONGES NICOLA *

Narra el Génesis en el Capítulo XI, la historia de los descendientes de Noé cuando intentaron construir una magnífica torre cuya cúspide fuera tan alta que llegase al cielo. Yaveh, indignado ante la conducta de los hombres, castigó su soberbia y confundió sus lenguas, para que ninguno entendiese el habla de su compañero. Esta torre fue llamada Babel y su nombre significa “confusión de lenguas”.

Esta leyenda de inigualable belleza vendría a ejemplificar la confusión y el desconcierto que rigen al hombre en un mundo donde cada vez se hace más necesaria la comunicación y la difusión de las ideas. La multiplicidad de lenguas existentes obstaculiza el conocimiento de las obras literarias, científicas y técnicas de otros pueblos; por ello la traducción constituye uno de los medios más propicios para superar la confusión y lograr el entendimiento y la reciprocidad entre las lenguas y las culturas.

Entre los diversos géneros de traducción es, a mi juicio, el de la traducción literaria el que requiere de mayor cuidado y atención. A diferencia de la lengua científica y técnica la literaria está estructurada con base en un lenguaje y un sentido connotativo, equívoco y polisémico. Debido a ello el traductor literario confronta un compromiso y un reto mayor ante su profesión, que lograda satisfactoriamente, constituye un arte.

En este trabajo me limitaré a hablar sobre la traducción de dos variantes de la narrativa: la novela y el cuento. Reconozco de antemano que quizá no existan criterios o procedimientos específicos que satisfagan al buen traductor y que por otra parte, cada obra requiere de un método distinto para traducirse. De hecho, se aprende a traducir sobre la marcha y a medida que el traductor va realizando su trabajo, va formulándose sus propias dudas y encontrando sus propias respuestas ante el difícil arte de traducir. Sin embargo, creo que sí existen ciertas normas y finalidades que constituyan el punto de partida para la traducción del cuento y de la novela.

Antes que nada, es imprescindible para un traductor literario competente tener un buen conocimiento tanto de la lengua A (fuente) como de la lengua B (receptor). Debe dominar ambas plenamente para así lograr un proceso de recreación o transformación donde el resultado sea un texto análogo, mas no idéntico al original.

En el ensayo “Miseria y esplendor de la traducción” Ortega y Gasset dice lo siguiente:

“... el público de un país no agradece una traducción hecha al estilo de su propia lengua... Lo que agradece es lo inverso: que llevando al extremo de lo inteligible las posibilidades de su lengua, transparezcan en ella los modos de hablar propios al autor traducido.”¹

El conocimiento lingüístico de las dos lenguas en sus elementos morfológico, sintáctico y semántico facilita el logro de esta “transparencia” a la que Ortega y Gasset hace referencia. Algunos teóricos de la traducción piensan que aunque la maestría de los dos idiomas es necesaria, ésta debe darse en distintas formas. La de la lengua fuente deberá ser crítica, mientras que la de la lengua receptora deberá ser práctica de manera que conserve la frescura de cuando fue escrita.

Los siguientes ejemplos muestran algunas de las más evidentes diferencias entre los sistemas lingüísticos del inglés y del español. El inglés tiende a ser una lengua más precisa, más sintética, sobre todo en cuanto al uso del adjetivo. Es así que palabras en inglés como “sputtered”, “crackled”, “muted” tienen que ser traducidas frecuentemente al español por más de una palabra. Ciertos adjetivos son ambivalentes, y su significado puede ser diametralmente opuesto al pasar de una lengua a otra; por ejemplo: “matchmaker” no significa “fabricante de cerillos”, sino “casamentera” o “alcahuete”, y otros polivalentes como la palabra “square”, que puede significar muchas cosas, entre ellas una forma geométrica, un instrumento de carpintería, una plaza (como la de Trafalgar) o bien una frase coloquial para nombrar a una persona aburrida. El significado de una palabra en inglés no siempre corresponde al significado de la palabra morfológicamente similar en español;

* Universidad Iberoamericana.

¹ Ortega y Gasset J., “Esplendor y miseria de la traducción”, Madrid, Revista de Occidente. 1942, p. 134.

por ejemplo “vicious” que en inglés quiere decir malo, dañino, no significa “vicioso” en español; o bien pueden cambiar de significado conforme a la connotación o contexto de la oración, ejemplo “She’s terribly upset” puede significar que está sumamente preocupada o tal vez muy nerviosa, o terriblemente enojada. La voz pasiva en inglés es mucho más frecuente. Generalmente tiene que ser cambiada por un reflexivo en español, o bien por otro verbo que no sea “ser”, seguido de un participio pasado, ejemplo “were injured” resultaron heridos. El uso de los pronombres, los artículos y los verbos varían al ser traducidos debido a los accidentes gramaticales de género y de número que sufren en español. A su vez, el uso de las preposiciones plantea un campo espinoso para el traductor.

Es a partir de los detalles aparentemente sin importancia como empieza a ponerse en evidencia la habilidad, la experiencia y el oficio del traductor. Su tarea consiste en encontrar equivalencias al texto original, que es el que marca el camino a seguir. De las muchas posibilidades que tiene nuestro idioma, el traductor debe encontrar las más adecuadas, tener siempre en mente el universo que encierra el texto original, ya que la intromisión de un término fuera de época o de lugar, puede romper la atmósfera del relato. Recordará también que la palabra en sí forma una entidad que obedece sus propias leyes y moldea su propio significado, y precisamente esto es lo que se debe conservar.

El requisito previo a toda buena traducción consiste en que el traductor sepa leer. Saber leer quiere decir saber interpretar. Y para saber interpretar una obra de arte el traductor literario requiere de una sensibilidad artística que le permita transferir creativamente y en forma equivalente los pensamientos, el tono y el estilo del texto original.

El traductor debe hacer una lectura profunda y cuidadosa del original, agudizando su sensibilidad y teniendo en cuenta que podría transponer, diáfana y espontáneamente, los modos de hablar propios del autor traducido. Sólo así logrará verter de manera adecuada la musicalidad y los matices tonales de la prosa, y hacer una apreciación de las intenciones expresivas y estilísticas del original.

Además de la lectura de la obra que se traducirá, es conveniente y a veces indispensable, conocer el resto de la producción artística del autor, para tener un concepto totalizador de su visión del mundo y de cómo la expresa. En caso de que haya otras traducciones previas a la nuestra, también puede ser valioso conocerlas, para así encontrar el método y el tratamiento que deseamos darle a nuestra propia traducción.

A medida que el traductor se aproxima a la obra original, se compenetra no sólo en la reproducción de las ideas de la obra sino que también capta y reproduce, en este caso al español, las intenciones expresivas y estilísticas del texto, al igual que el contenido afectivo y las cualidades plásticas y musicales que posee. El compromiso y entusiasmo que asumimos con el texto no debe llevarnos a la tentación de alterarlo, corregirlo o amplificarlo, a riesgo de convertirnos en traidores del original.

Una vez que el traductor ha determinado la naturaleza estilística del autor que se traducirá, podrá escoger entre las posibles alternativas que tenga para transferir el texto. En la elección que haga se encuentra la alternativa exacta con la que él conseguirá traducir con arte.

El estilo que emplee debe variar conforme al autor. Por ejemplo, no tiene las mismas prioridades estilísticas cuando traduce el cuento “En la bahía” de Katherine Mansfield, en donde el lenguaje es delicado, sutil y sin estridencias, que cuando traduce “Un día perfecto para el pez banana” de J. D. Salinger, certero maestro del lenguaje común y directo, o que cuando se enfrenta a Mrs. Dalloway de Virginia Woolf, que requiere de una prosa rica en imágenes y símbolos que comunique las bellas y delicadas impresiones del original.

El estilo del original puede ser seco o sutil, lento o dinámico, sobrio o alegre, majestuoso o sencillo; la traducción debe transmitir cualquiera de estos tonos.

Si el traductor tiene un buen conocimiento de las dos lenguas en los niveles anteriormente mencionados y ha hecho una seria lectura del texto que traduce, habrá ya emprendido el principio de su camino.

Durante la búsqueda de las equivalencias más próximas al original, el traductor debe tomar en consideración los probables pensamientos del autor. Preguntarse a sí mismo qué dice el autor, qué quiere decir con ello y cómo lo dice. Para encontrar respuestas a estas preguntas, el traductor debe tener un dominio de la cultura del país o países de cuya lengua traduce. Por dominio, me refiero al conocimiento de su historia, su literatura

y sus costumbres, no sólo de la época en que se desarrolla el texto que se traduce, sino a la de su pasado.

Esta condición indispensable que en un primer momento puede parecer demasiado exigente no lo es, si pensamos al azar en cualquier obra literaria. Vamos a tomar por ejemplo la traducción de un solo texto, la novela *Moby Dick* de Herman Melville.

Para la traducción de esta novela el traductor deberá estar familiarizado con los elementos proféticos de terror y misterio de la novela gótica inglesa, al igual que con los escritores que inspiraron a Melville en la creación de esta obra. Así, el conocimiento de la Biblia, Milton, Goethe, Byron y Emerson es necesario; sólo de esta manera podrá el traductor resolver y trasponer los innumerables problemas y significados alegóricos que el autor plantea a lo largo del texto.

También necesitará estar familiarizado con una amplia gama de saberes que en alguna forma están implícitos en la novela.

Debe tener conocimientos de la vida marítima durante la época en que la acción se desarrolla, entre ellos la caza de la ballena blanca, los instrumentos náuticos y de pesca en uso, la vida y el comportamiento de los cetáceos y otras especies marinas, de los fenómenos naturales que amenazan a los balleneros y sus naves.

Es por ello que, según el caso, el traductor debe recurrir a diccionarios léxicos, gramáticas históricas, glosarios de periodos, profesiones o medios sociales particulares, así como a manuales de terminología técnica que contribuyan a aclarar dudas y a encontrar el mejor equivalente en español.

A lo largo de la historia han surgido polémicas en torno hacia si lo deseable es una traducción fiel y literal, o bien, una idiomática y libre. Los primeros traductores de textos bíblicos decían que el traductor debía ser fiel y cabal, y si fuese posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos con la misma calidad y variedad de significaciones que tenían las originales. Paulatinamente este concepto fue cambiando. E. Nida afirma que: “cuando la traducción no es más que literal, no por ello es fiel a la palabra. Lo es cuando los términos se adaptan al lenguaje de las cosas.”²

Nadie quiere ser traidor de la obra que traduce, es por ello que antes de estar seguro de escapar de esta traición, el traductor debe tomar en cuenta lo que la fidelidad implica y en qué consiste. Esta no se cumple con traducir palabra por palabra, ya que esto sería la forma más primitiva de la traducción, y más aún, tampoco se lograría, puesto que no existe ningún idioma que pueda ser traducido en forma análoga a otro. George Steiner sostiene que no puede haber una transferencia exhaustiva de una lengua A a una lengua B, “un acuerdo tan preciso de las tramas que llegue a darse identidad de contenido conceptual, armonía de matiz, de fondo, simetría absoluta de las asociaciones auditivas y visuales”.³

La finalidad del traductor no es la de reproducir las palabras del autor sino la de darles nuevas equivalencias semánticas y estilísticas. Sin embargo debe estar consciente de que mientras el autor puede expresar lo que quiere, él tiene que decir aquello que el autor intentó decir. Por algo la obra original se ha ganado el derecho de ser traducida.

El traductor debe intentar aproximarse lo más que pueda al texto original, sabiendo de antemano que su trabajo nunca será una réplica exacta del original, puesto que el sistema de signos y significados, aun entre dos lenguas similares, nunca será idéntico.

La importancia de que haya varias traducciones de una misma obra radica en que cada traductor es una sensibilidad, un temperamento permeable que capta ciertos registros o cualidades del original, pero que quizá no reciba todos. De ahí que cada traducción de un mismo texto sea valiosa y no una enmienda de las anteriores. Igualmente, cada traducción es una señal de persistencia que la obra artística tiene para cada generación y para cada lector. Así como un pintor intenta siempre volver a pintar las grandes obras de arte de los maestros clásicos o impresionistas, el traductor se arriesga a transferir a su propia lengua las grandes obras literarias.

²Nida A. Eugene. *Language Structure and Translation*. Stanford, 1975, p. 95.

³Steiner, George. *After Babel*. Oxford University Press. 1977, p. 251.

La finalidad es que al traducirse una obra ésta deba de leerse con la misma facilidad y soltura con la que fue originalmente escrita. Vázquez Ayora dice que “la traducción debe producir en el destinatario la misma impresión que la obra original hubiera causado en su propio receptor”;⁴ con ello se refiere a que el lector no debe advertir que la obra es una traducción de otro idioma.

Durante el proceso de traducción, el entusiasmo y la concentración pueden acarrear que el traductor cometa errores evitables que no detecta al estar traduciendo. De ahí que sea necesario revisar posteriormente, con una actitud crítica, la traducción lograda.

Una traducción constituye un testimonio de un proceso vital contaminante y humano; es una operación literaria que exige conocimiento, experiencia y cualidades creativas. Es imposible que un texto pueda trasladarse a otro idioma sin verdaderamente efectuarse una nueva producción de la otra. “La traducción de la belleza no existe; hay que volverla a crear, por los mismos inciertos y sorprendentes caminos que cualquier obra literaria.”⁵ Para lograrlo, el traductor debe ser un exégeta, un hermeneuta, un crítico, un lingüista y al mismo tiempo un creador.

Para concluir, me queda agregar que no ha sido mi propósito desalentar al traductor de textos literarios con una serie de normas, deberes y finalidades en cuanto al desempeño de su trabajo. Solamente he intentado confrontarlo con el hecho de que la traducción de una obra literaria implica un arduo trabajo en el que se deben con juntar tanto el oficio como el arte. El oficio, que se sintetiza en método, disciplina y práctica, y el arte que conlleva la sensibilidad para captar el mensaje de la lengua fuente y la creatividad para saberlo transponer a una nueva lengua equivalente.

Y volviendo al Génesis y a la destrucción de Babel, hagamos un esfuerzo como traductores para rescatar lo que podamos de aquella torre demolida, partiendo de la premisa de que si Babel significa confusión, también existe en el hombre una urgencia por tender puentes que eliminen las barreras del tiempo y el espacio, por nombrar en nuestra propia lengua un ámbito de vida, de realidad que nos es extraño e imperioso descifrar.

⁴Vázquez Ayora, G. Introducción a la traductología. Washington Georgetown University, 1977, p. 85.

⁵Montemayor, Carlos. “La traducción de la poesía clásica.” Revista de Bellas Artes. México, agosto de 1983, p. 22.